

Sembrar, cosechar y disfrutar

Silvia Gallegos

El verano del 2013 fui a Jalisco y estuve durante la temporada en que se siembra el maíz. No sabía que esta experiencia me dejaría tan bonitos recuerdos.

“Buenos días, hija, ¿lista para trabajar?” me dijo mi mamá, despertándome antes que saliera el sol. Entre reniegos me levanté, lista para un día de siembra. Seleccionamos el mejor maíz de la temporada anterior y lo desgranamos para usarlo de semilla. Luego fuimos a sembrar en el potrero de mi abuela, un lugar grandísimo con muchas lomas pedregosas y árboles, donde hay un parejo específicamente para la siembra del maíz. Con una coa hacía un hoyo y le echaba cuatro granos. Después de unas horas, me estaba cansando, y con ganas de pronto terminar, le echaba hasta ocho granos sin que me vieran mi mamá y abuela porque sabía que me dirían: “¡No le echas tantos!”. Yo tomaba dos pasos y volvía a hacer otro hoyo. Como era mi primera vez, era muy difícil hacer los surcos derechos aunque yo sentía que iba muy bien. Nomás escuchaba los gritos de mi mamá y abuela: “¡Silvia, los estás haciendo chuecos, parecen culebras garroteadas!” Volteé hacia atrás y me di cuenta que no iba nada derecho. En cambio, mi abuela iba muy parejo, pues con la experiencia se hace uno maestro. Fue trabajo pesado, estar bajo el sol ardiente y al final del día me dolía la espalda y los brazos. Entre mi abuela, mi mamá y yo sembramos una hectárea de maíz.

Dos veces por semana íbamos al potrero para ver el crecimiento de la milpa. Sentía una emoción al ver que iba creciendo un poco más. A las tres semanas era tiempo de fertilizar la milpa. Hay que tener cuidado con el fertilizante, porque si cae en las hojas, se puede morir la milpa. Desafortunadamente unas cuantas milpas se murieron por mi culpa.

Después de dos meses ya estaban listos los elotes. Esto se sabía porque el cabello del elote se empezaba a secar. Fácilmente se cortaban de la milpa. Disfrutamos de unos ricos elotes cosechados por nuestras propias manos. Fue un gozo pensar que yo sembré los elotes que estaba comiendo. Cortamos sólo la mitad y el resto lo dejamos para que se hiciera maíz. Cuando se empezó a secar la milpa, el maíz ya estaba listo para pizcarlo y dejarlo para sembrar la siguiente temporada. Yo nunca imaginé que cosecharía maíz. Fue una experiencia muy linda; ahora sabía el trabajo que se lleva para cosechar maíz.